

Ética de la Resistencia

Consideraciones para una Psicología en el ocaso del pensar reflexivo

- Seminario “La Enseñanza de la Ética Profesional en Psicología: Aunando Perspectivas”.
- Viernes 26 de noviembre de 2010, Universidad de Santiago, Santiago.
- El presente texto iba a salir en una publicación de la Universidad de Santiago, pero se canceló.

Resumen

En este trabajo se explora el origen común de la psicología y la ética, el cual sería una disposición afectiva especial del hombre que lo impele a desarrollar un pensamiento reflexivo. Se parte de la premisa que develando las condiciones de posibilidad de este pensamiento reflexivo, se podrá entrever una actitud posible para enfrentar la pregunta por la transmisión de la reflexión ética en el campo de la psicología. Sin embargo, al pensar el contexto actual donde se desenvuelve el pensamiento del hombre, nos damos cuenta de los escollos con que esta transmisión colisiona, al encontrarnos en un contexto de menoscabo del pensar reflexivo. Se concluye por tanto, la necesidad de una resistencia en el ocaso del pensar reflexivo, como única posibilidad de transmisión de una ética en el ejercicio profesional del psicólogo.

Muy buenos tardes a todos. Agradezco profundamente por haber sido invitado a participar en este espacio de conversación y discusión. Todavía no se me hace habitual coincidir con colegas que compartan conmigo la profunda inquietud de pensar relaciones posibles entre ética y psicología, y más todavía en el contexto de querer aproximarnos a la pregunta por cómo enseñar ética a futuros profesionales de nuestro campo. Me parece que no es evidente desear abordar estos temas. Por lo demás, a veces tengo el prejuicio y la ácida inclinación a suponer que en algunos contextos se evita sin más este tipo de trabajos.

Quiero presentar algunas reflexiones y consideraciones, a propósito de la invitación que me hicieran para estar junto a ustedes. Se trata de una mirada retrospectiva y comprensiva sobre mi propio trabajo docente, signado por el interés de idear o redescubrir puentes entre ética y psicología. Primero mostraré que es posible pensar un punto de amarre para estos dos campos que nos convocan hoy. Creo que este punto de amarre es el mismo impulsor del desarrollo de la filosofía en occidente. Lo podemos llamar pensar reflexivo. Mi hipótesis es que develando las condiciones de posibilidad de este pensar reflexivo, podremos entrever una posición para enfrentar la pregunta por la transmisión de la reflexión ética en el campo de la psicología. Sin embargo, cuando exploremos el contexto donde se desenvuelve el pensamiento del hombre contemporáneo, nos daremos cuenta de los escollos con que tropieza esta transmisión, al encontrarnos en un tiempo de menoscabo del pensar reflexivo. Concluiré entonces, con la necesidad de una resistencia en el ocaso del pensar reflexivo, como única posibilidad de transmisión de una ética en el ejercicio profesional del psicólogo.

Cuando me ofrecieron trabajar por primera vez en un curso de ética para futuros colegas, rápidamente me sentí incitado a preguntarme cómo transmitir la necesidad de reflexionar éticamente al interior del campo de la psicología y con qué dificultades me podía enfrentar. Supongo que son las mismas preguntas de rigor que nos hemos hecho todos, cuando hemos

tenido que decidir qué temas abordar, qué autores trabajar, qué trabajos prácticos realizar y sobre todo, cómo sobrellevar sin desanimarnos, las inquietantes preguntas de algunos alumnos sobre la utilidad de este tipo de cursos en el contexto de una malla curricular.

Pues bien, esta doble pregunta: cómo transmitir una reflexión ética para psicólogos y con qué problemas uno se puede topar en esta misma transmisión, creo que puede ser trabajar aquí, situándonos en el horizonte de abordar los orígenes mismos de esta rama de la filosofía y sus condiciones de posibilidad como aventura del pensamiento. Noten por favor que empleo la palabra origen y no historia o comienzo. Esta preferencia no es anodina. Karl Jaspers por ejemplo, utilizaba la palabra origen para referirse a la fuente de donde mana en todo tiempo el impulso que mueve al hombre a filosofar. Si seguimos esta intuición, no parece interesante entonces, un comienzo histórico de la reflexión ética como hecho positivo, sino más bien el origen de una disposición humana que lleva a interrogarnos por nuestra propia orientación en el mundo, lo cual instituye para mí, el origen de la pregunta ética en tanto pregunta por cómo vivir la vida. Por tanto, me parece que si ubicamos aquella disposición del espíritu que lleva al hombre a constituir el campo de la ética, podremos hallar a su vez una dirección apropiada para emprender su enseñanza en el terreno de la psicología. ¿Por qué esta suposición? Porque tanto la ética como la psicología fueron en algún momento capítulos contiguos en el devenir del pensamiento filosófico occidental. O sea, si podemos encontrar algún punto de capitón importante en el linaje común de estos dos campos del conocimiento, creo que podremos a su vez vislumbrar una senda para elaborar una enseñanza y una transmisión fecunda de la reflexión ética al interior del campo de la psicología. Ahora bien, me parece que este punto de amarre entre ética y psicología, lo podemos ubicar justamente en ese origen del impulso que impele a filosofar. Hay un algo que acontece en la existencia del hombre, que origina una disposición a la filosofía y a lo que podemos nominar sin temor a equívocos como pensamiento reflexivo. Jaspers pensando en este origen se refiere a 3 tiempos que enhebran con mucha agudeza, la eclosión de este tipo de pensamiento característico de la filosofía como experiencia humana.

En primer lugar está el tiempo del mundo antiguo donde aparece esa primera actitud de asombro con que los griegos enfrentaron el cambio en la naturaleza. Este asombro los llevó a inventar la pregunta y el conocimiento. Fue así como emergió la pregunta por los fundamentos de lo que existe, la pregunta por el logos del universo y la pregunta por lo inmutable que sostiene el devenir de la naturaleza. Pero más aún. Fue en este contexto de asombro donde nació también la pregunta por la vida anímica del hombre; un discurso racional sobre la psijé (ψυχή) del hombre, lo cual comienza a delinear entre mito y logos, un dualismo que marcará el nacimiento de la psicología en la modernidad. Pero esta disposición del espíritu, que se nos presenta como asombro, no agota ahí su fecundidad. También erige simultáneamente, una inquietud por aprehender el fin de las cosas, una disposición a querer conocer el movimiento final o telos (τέλος) hacia lo cual tiende toda sustancia. Fue de esta forma como se abrió en occidente, la posibilidad de una ética supeditada al origen del pensar reflexivo y a la disposición a filosofar.

En segundo lugar hay que señalar el tiempo de la modernidad. Kant como sabemos, habla de una salida del hombre de su minoría de edad. Esta minoría de edad estaba definida por la incapacidad

del hombre de servirse de su propio entendimiento y de caminar sin la dirección un de otro. Se trata de un quiebre con el orden medieval, donde la unidad del conocimiento y de la moral está sustentado bajo la égida de un solo relato: el discurso sobre Dios. Podríamos decir, filogenéticamente hablando, que en la modernidad atravesamos por la adolescencia del hombre, donde el pensamiento reflexivo instaura la duda acerca de lo conocido, la sospecha ante lo incuestionado y la rebeldía ante la institucionalizado. A partir de ahí, nace en la modernidad el examen crítico de las cosas y la búsqueda de la clara certeza propinada por la razón. Psicología y ética emanan ahora, de un nuevo origen otorgado por el proyecto de la razón ilustrada. Este nuevo impulso para el pensamiento reflexivo, nos hace arar un nuevo terreno fértil para el nacimiento de las ciencias humanas, entre ellas. No hay que dejar escapar que ocupamos la palabra ciencia, pues es bajo esta misma bandera y pretensión con la que psicología y ética tratarán de abandonar el amparo de la filosofía para establecerse como dominios independientes. No obstante, el origen es común: una disposición humana al pensar reflexivo que dimana ahora no del asombro sino de la duda.

Por último, el tercer tiempo que marca un origen para el pensamiento reflexivo, y que relaciona ética y psicología, es cuando despertamos a la conciencia de estar perdidos en el mundo. Podemos caracterizar este tiempo como un instante de conmoción para el hombre, donde éste se encuentra cara a cara con la angustia de existir y con la incertidumbre sobre el sentido de ese existir. A veces se trata de alguna experiencia límite, alguna pérdida importante, o simplemente una inspiración que nos hace detenernos frente a nosotros. Siguiendo a Sartre, podemos decir que se trata de un momento íntimo en donde el hombre aprehende la radical libertad que funda su conciencia. Esta disposición afectiva arroja al hombre a pensar y pensarse; y es justo aquí donde la ciencia moderna toca su techo y el pensar reflexivo como disposición a filosofar, emprende su aventura.

En efecto, mientras que la ciencia moderna no logra responder a la cuestión del sentido de la vida, la filosofía prorrumpe con la incesante búsqueda por orientación en el mundo. Si bien el proyecto ilustrado de la razón prometía un desarrollo lineal de conocimiento y progreso, atiborrando y callando con respuestas al hombre que se pregunta, en su madurez este hombre se encuentra con los límites de tal proyecto. La ciencia bien puede referirse a objetos pero siempre se mostrará impotente a pensar la existencia concreta del hombre. Ahí donde el discurso de la ciencia falla, - pues nunca puede estar completo-, emerge el pensamiento reflexivo, siempre inconcluso, siempre original, reinaugurando un espacio para la ética y para la psicología. Esto por dos razones. Mientras la ciencia moderna busca la homogenización de los discursos en torno a una verdad estable y monolítica, que permite predecir y controlar, la ética se introduce como un pensar abierto que reaviva las conversaciones, pues si hay algo en donde no tenemos un saber cerrado es en ese saber cómo vivir. Además, es justo en ese momento íntimo en que nos encontramos de golpe con nuestra existencia, donde se puede pensar una psicología de la subjetividad. Mientras la ciencia necesita de la estabilidad de su objeto de estudio, el hombre libre irrumpie desafiando toda homogenización posible desde la libertad radical de su propia subjetividad. Bien sabemos cómo hierra el médico al explicar en términos biológicos, científicos y universales un cáncer terminal, a su paciente que demanda por una comprensión de sentido. Si la psicología tiene algo que aportar

al malestar contemporáneo, es a poder pensarnos en las condiciones particulares y subjetivadas de nuestra existencia.

Hasta aquí me parece haber hecho ostensible que el punto de amarre que veo entre ética y psicología, es una disposición del espíritu que hemos podido señalar como pensamiento reflexivo, el cual siguiendo a Jaspers, posee un origen múltiple que reseño de la siguiente forma: Allí donde nace el asombro, el hombre instaura la pregunta y el conocimiento. Ante el conocimiento incuestionado, el hombre antepone la actitud de crítica y de duda que busca certeza. Y ante la conciencia de estar perdido en el mundo, cuando toda certeza naufraga, el hombre funda la cuestión del sí propio como experiencia de subjetividad radical.

Teniendo esto presente, uno podría concluir venturosamente que para enseñar y transmitir una reflexión ética al interior del campo de la psicología, basta con promover un pensamiento reflexivo que nos apreste a transitar naturalmente entre estos dos campos. Pero el problema es que cuando nos determinamos a seguir esta travesía, tempranamente encontramos el siguiente obstáculo: si hay algo que caracteriza nuestro tiempo es el ocaso del pensar reflexivo. Pascal diría que se trata de una pérdida del espíritu de fineza; Heidegger, que nos encontramos ante una huida del pensar reflexivo; La Escuela de Frankfurt, que somos prisioneros de una racionalidad instrumental que nos mantiene esclavos de una falsa conciencia feliz.

Siguiendo la reflexión que hace Heidegger al respecto, podemos decir que hay múltiples indicios para pensar que vivimos tiempos de penuria para el pensar reflexivo y por el contrario, una hegemonía de un pensar calculador. Este pensamiento calculador da origen a otras disposiciones afectivas en el ser humano distintas a las que hemos explorado. Resuelve la existencia en un cálculo de utilidad y en una lógica del tener, acorde a la tendencia omniabarcante del mercado. Además, se nos presenta con carácter de necesidad y urgencia, relegando al olvido al pensamiento reflexivo, pues éste jamás tendrá carácter de premura. Efectivamente, bien sabemos que se puede pasar por la vida sin tomar conciencia de nuestra libertad y de las consideraciones sobre lo que nos hace sentido. Ahora bien, no se trata de contraponer un tipo de pensamiento a otro. El pensamiento calculador no es malo en sí mismo pues permite sobrevivir, pero el pensamiento reflexivo permite vivir la vida sin pasarle a ésta por encima. Si el pensamiento calculador se impone como la única vía de pensamiento, el tener opaca las consideraciones sobre el sentido, diluyendo todo asombro, duda o conmoción que propugne a pensar reflexivamente. Se promueve con esto la comodidad y la seguridad, pero al costo de sacrificar la lucidez y la adultez que otorga el pensamiento reflexivo, dejándonos en una precaria conexión con nuestra existencia.

Considerando lo anterior, me parece que es viable para todos suponer que las consecuencias de este pensamiento hegemónico fueron transversales a todo campo del conocimiento y que la psicología y la ética no fueron la excepción. En efecto, el proceso de modernización tuvo como efecto visible la producción ascendente de individuos marginados de una sociedad que comenzó a prestigiar el consumo, la utilidad y el trabajo para acumulación de capital, por lo que se necesitó echar mano a técnicas disciplinarias apropiadas para asegurar el orden social. En este contexto, la psicología y la educación moral prometían respuestas plausibles para subsanar los costos humanos

del progreso sin cuestionar el orden estructural. Podríamos decir entonces, que como correlato social del ocaso del pensar reflexivo, tanto la psicología como la ética devinieron tecnologías en pos de la adaptación y de la normalización de la subjetividad del hombre, reduciéndolo a las exigencias de la cultura, y ojalá sin que éste pueda preguntarse por una orientación en el mundo y por el sentido de las cosas.

Pero las cosas pueden ser de otro modo. Quiero concluir mostrando mi propia posición ética que me anima a seguir rumiando y repensando la pregunta inicial que nos hicimos sobre cómo transmitir una reflexión ética al interior del campo de la psicología en el contexto de ocaso del pensar reflexivo. Esta posición ética la señalo como una actitud de resistencia. Admito que la rotulación suena combativa y en parte lo es. Ahora bien ¿de qué tipo de resistencia se trata?

En primer lugar se trata de resistirse a creer que la psicología y la ética se originan solamente a partir de este tipo de pensamiento calculador que se eleva como absoluto. Si bien algunas corrientes en psicología en el contexto de la modernidad, se plantearon como desafío el poder predecir y controlar la conducta humana, tenemos también toda una tradición de la psicología que se instala como un proyecto crítico de aporte para el cambio social. Esta última orientación en psicología es coherente al pensamiento reflexivo y a una posición ética, en tanto se pregunta por orientaciones de sentido, desnaturalizando lo establecido para volver a lanzarnos a reconstruir lo que queremos como proyecto social, más allá de los dispositivos técnicos de control sobre la vida tal como urgía el proyecto moderno.

En segundo lugar, se trata de una resistencia al conocimiento que reduce la variabilidad de la experiencia humana a lo invariable de las categorías diagnóstica. Ustedes saben que me refiero al esfuerzo clasificatorio que opera al interior de nuestro campo, a través de la semiología psiquiátrica, que ordena las diversas manifestaciones psicopatológicas en categorías estables e inmutables, con una lógica implacable, más apropiada quizás para la botánica que para el hombre. Esta lógica reduce la subjetividad y por eso atañe a la ética, puesto que estaríamos convirtiendo a la psicología en una ciencia que precisa de la estabilidad de un objeto, siendo que el sujeto, al menos para la ética que orienta mi práctica clínica, es una discontinuidad en tanto sujeto único e irrepetible. Esta posición ética, del lado del sujeto, rescata una psicología que se cuestiona si sus prácticas no serán en verdad meros adoctrinamientos morales que no indagan en la verdad del sujeto. Sería entonces una ética de la resistencia, en tanto ayuda a la psicología a pensar una subjetividad no objetivable y que nos permite a su vez, salir de nuestras intervenciones estereotipadas y manualizadas, produciendo conocimientos emancipatorios frente a las reducciones homogeneizantes. Si la realidad apunta en otra dirección, es porque el cálculo utilitario siempre se impacienta con el pensar reflexivo y busca soluciones inmediatas, prácticas y universalizables.

Por último, lo mío se trata de una posición de resistencia, en tanto desea abrir espacios de reflexión y conversación. Me parece a mí que el cierre de las conversaciones al interior de la psicología es quizás el síntoma más grave que padecemos como ocaso del pensar reflexivo. En efecto, los aquí presentes, que respondemos a la nominación de “psicólogos”, sabemos que la

mayoría de las veces el único punto de capitón entre nosotros es el título mismo de “psicólogo”, el cual para nada garantiza que tengamos las mismas preocupaciones ni las mismas afinidades teóricas y prácticas. El campo de la psicología está lejos de ser un campo unificado, sistemático, estable y consistente, pues coexisten múltiples escuelas y orientaciones que introducen subrepticamente heterogéneas concepciones de mundo, ideales disímiles sobre cómo debería ser la sociedad y formas particulares de comprender lo humano. El peligro que emana de esta pluralidad es por un lado que nos volvamos psicólogos irreflexivamente eclécticos y por otro, que aprendamos a convivir pacíficamente los unos con los otros, sin decidirnos a pensar juntos. En ambos casos cerramos la reflexión. Uno esto lo ve en los congresos cerrados para sistémicos, los claustros cerrados para psicoanalistas de infinitas orientaciones y bueno, para qué seguir... Creo que el pensar reflexivo exige que nos hagamos cargo de nuestra pluralidad, para que podamos pensar las implicancias éticas de nuestras prácticas, reabriendo los espacios de conversación tales como éste.

En suma, me parece que transmitir una reflexión ética al interior del campo de la psicología, significa ponderar que nos encontramos en un tiempo difícil para el pensar reflexivo y que esto exige una actitud de resistencia ante la hegemonía del pensar calculador que convierte nuestro campo en un dispositivo técnico de control sobre la vida.

Carlos Barría Román